

Exc. 10-XI-88. p. 1A  
Despiadada, Brutal, la Política Entre Países

## Parcial Trato al Caso Camarena

- ★ Usan las Potencias un Error Ajeno Como Excusa Propia
- ★ El Narcotráfico, Tema Inigualable Para Sensibilizar
- ★ ...Y su Conclusión es Obvia: Debe Seguir la Presión

LORENZO MEYER

El mundo internacional es un sitio brutal, donde no se perdonan los fracasos, y menos cuando éstos son ajenos y pueden servir a una gran potencia para explicar y excusar sus propias fallas institucionales y morales. Por ello el fracaso de la llamada política de renovación moral del gobierno mexicano que hoy está llegando a su fin —hecho que quizá se puede explicar, pero no negar y menos aún justificar— se ha convertido, una vez más, en noticia de primera plana en Estados Unidos.

Al principiar su gobierno en 1982, Miguel de la Madrid decidió ya, que para enfrentar la crisis económica que le había legado, junto con el mando, José López Portillo, era necesario un cambio radical en la estrategia económica. La idea central del proyecto delamadridista era transformar, casi a cualquier precio, el viejo modelo económico basado en la protección del mercado interno en beneficio de una industria ineficiente, en otro orientado a la exportación, que minimizara al máximo el papel del gobierno como productor, y que sujetara a la empresa privada a las difíciles reglas de

SIGUE EN LA PAGINA DIEZ

## Parcial Trato

Sigue de la primera plana

la competencia internacional. El costo social de esta llamada "reconversión industrial" era alto y debería ser pagado por casi toda la sociedad, y de manera particularmente inequitativa. Quizá por ello, Miguel de la Madrid decidió ofrecer a aquellos que iba a sacrificar un tipo de compensación de carácter no económico: una lucha sistemática y seria en contra de la corrupción gubernamental y un ejercicio real de la democracia política. Ambas políticas murieron en el camino.

El compromiso de sanear el enorme aparato administrativo del Estado mexicano se hizo en tono solemne, y de inmediato se creó el organismo burocrático correspondiente: la Secretaría de la Contraloría. Los juicios que entonces se iniciaron en contra los antiguos responsables de los tradicionales centros de corrupción —Pemex y la policía de la ciudad de México— parecieron ser el principio del cumplimiento de la promesa. Sin embargo, ahora sabemos que no fue así. Para todo propósito práctico, el

capítulo inicial de esa política fue también su conclusión. Después de los dos primeros, ningún otro gran personaje del pasado, sospechoso de haber acumulado riqueza por medios ilícitos —y son muchos los que se hallan en esta categoría— fue llevado al banquillo de los acusados y, mucho menos, pisó la cárcel. En realidad, tampoco se investigaron a fondo los casos del par de chivos expiatorios con que se inauguró la famosa política de moralización. Peor aún: el público pronto se dio cuenta de que la corrupción y la prepotencia del pequeño servidor público, el policía, el empleado de ventanilla) y el grande (el gobernador, el secretario de Estado, el director general), continuaban más o menos igual que antes. Como si lo anterior no fuera ya de por sí grave, surgió a la luz pública una nueva área de corrupción de dimensiones gigantescas y con implicaciones internacionales muy desagradables para México: el narcotráfico.

★

Es en este último punto

# al Caso Camarena

donde la revista **Time** en su edición del 7 de noviembre, decidió hacer una peculiar evaluación del gobierno delamadridista y, al final, despedirlo de manera por demás dolorosa para cualquier mexicano con un mínimo de sensibilidad, en relación con eso que se llama la dignidad nacional. Como se sabe, la portada de la edición norteamericana de **Time**, que acaba de aparecer en los puestos de periódicos, está dedicada a reexaminar el caso del asesinato en Guadalajara, en 1985, de Enrique Camarena, el agente norteamericano de la Drug Enforcement Administration (DEA) que fue asesinado, supuestamente por órdenes de los narcotraficantes Rafael Caro Quintero y de Ernesto Fonseca Carrillo. Este número de una de las revistas de mayor circulación e influencia en Estados Unidos y en el mundo, ha salido a la luz justo en vísperas de las elecciones presidenciales norteamericanas, y justo también cuando el tema de la relación entre el gobierno de Washington y aquellos países que, como México, están envueltos en el tráfico de drogas, se había convertido en uno de los temas centrales de la feroz campaña de acusaciones mutuas emprendida en Estados Unidos por los candidatos presidenciales republicano y demócrata, para desprestigiarse sistemáticamente. Finalmente, el retorno de Camarena a la primera página, coincidió con el momento en que Miguel de la Madrid va a entregar el poder a su sucesor, y, por tanto, es inevitable verla como una especie de despedida macabra a la política de renovación moral. ¿Se trata meramente de una serie de coincidencias desafortunadas para el gobierno de México o de algo más? No tengo elementos para responder a la pregunta, pero en cualquier caso, no hay duda de que **Time** puso el dedo en una llaga muy sensible en Estados Unidos, y sobre todo en México, la de una de las promesas no cumplidas y la de una oportunidad perdida.

★

A diferencia del desplegado paranoico de página entera publicado en octubre en algunos diarios influyentes norteamericanos por una organización fantasma, pero extremadamente conservadora, y que anunciaba el principio de la guerra civil en México entre cardenistas y priístas, el artículo de **Time** relativo al narcotráfico, hecho con extractos de un libro titulado **Desperados** (sic), **Los amos latinos de la droga, los agentes de la ley, y la guerra que Estados Unidos no puede ganar**, producto de la pluma de Elaine Shannon, resulta enteramente creíble. Y lo que es peor, el público para este artículo es de varios millones de lectores, dentro y fuera de Estados Unidos. Esos lectores son, justamente, los que forman el núcleo de la opinión pública norteamericana y, en cierto sentido, de la mundial.

El extracto del libro de Shannon —quien fue reportera del **Newsweek** primero, y de **Time** después— está bien escrito, sin desperdicio, con una prosa ágil y lleno, de principio a fin, de indignación moral fácil de compartir por el lector típico de la revista. Ahí están no sólo los narcotraficantes como Caro Quintero, Fon-

seca y Miguel Ángel Félix Gallardo —cuyas fotos se ajustan perfectamente a las que se espera de personajes en conflicto con la justicia—, sino también sus cómplices de la Federal de Seguridad, la Policía Judicial Federal, y la familia Bravo, sacrificada en Michoacán por la policía en un intento inútil por echar la culpa de lo sucedido al agente de la DEA sobre los hombros de quienes sólo resultaron ser nuevas víctimas. También aparecen, aunque desdibujados, los diplomáticos norteamericanos y altos funcionarios de la DEA que no apoyaron como era debido a sus agentes en Guadalajara y los dejaron a merced de los mexicanos corruptos. Están igualmente las fechas, los motivos, las evidencias, los detalles macabros de la tortura, el sufrimiento de la esposa, etcétera.

Las nueve largas páginas que **Time** dedica al caso Camarena no tienen desperdicio como acusación contra el gobierno mexicano en su conjunto, desde la base hasta la cúspide. Aunque en el libro hay capítulos dedicados a Colombia, Panamá, Bolivia y Perú, **Time** sólo usó el material sobre México. Se trata de una acusación basada en un examen unilateral del fenómeno del narcotráfico. **Time** únicamente se fija en un lado de la moneda, el mexicano, y deja fuera el otro, el norteamericano: ¿Quién comercializa la droga en Estados Unidos? ¿Quién "lava" en Estados Unidos el dinero de los narcotraficantes mexicanos?, etcétera. Pero a fin de cuentas, pese a su parcialidad, lo dicho por **Time** no es falso. El lector norteamericano y quizá el internacional no tiene, por tanto, ninguna dificultad en identificarse con la indignación de la autora y llegar a su misma conclusión: la responsabilidad del fracaso en la lucha contra el narcotráfico en el frente mexicano es, fundamentalmente, una responsabilidad que recae directamente en los hombros de un aparato policiaco y gubernamental no sólo corrupto hasta la médula, sino que es francamente criminal, y al que habría que tratar como tal, sin las contemplaciones mostradas hasta la fecha, en opinión de la autora, por la administración de Ronald Reagan, a quien acusa, en el libro, de estar más interesado en perseguir a supuestos comunistas en Centroamérica que a quienes verdaderamente dañan a millones de norteamericanos: los narcotraficantes y sus cómplices disfrazados de agentes de la ley.

La parte final del largo artículo es la que contiene el mensaje político: lo que sucedió en Guadalajara hace más de tres años sigue pasando hoy en día. Tras el asesinato, centenares de agentes policiacos mexicanos corruptos fueron despedidos de sus cargos, pero otros iguales ocuparon su lugar. La policía y el ejército, señala la autora, siguen protegiendo y sirviendo a narcotraficantes. Aún no se detiene al verdadero culpable del asesinato de Camarena y su piloto. En el fondo, concluye el artículo, casi nada ha cambiado. De la Madrid falló, y "alguien importante, muy importante, en la ciudad de México, es responsable de que continúe el encubrimiento del asesinato". En

resumen, y según el artículo, el gobierno de Washington tiene la responsabilidad y obligación de seguir presionando al de México mientras no se haga justicia y se instaure en ese país una verdadera política antinarcotráfico.

★

Como es fácil de comprender, con otros artículos de la naturaleza y difusión del que aquí se ha comentado, cualquier esfuerzo de las autoridades mexicanas por pedir a su contraparte estadounidense un "trato especial" ante los problemas económicos que enfrentan —en particular el de la deuda—, puede llegar a encontrar resistencia entre el público al norte de la frontera, que no verá ninguna razón para ese tipo de "concesiones". En cambio, en ese público puede llegar a encontrar eco la voz de quienes pidan que se mida a los líderes mexicanos con la misma vara con la que hoy el gobierno de Reagan mide a Noriega o a Fernando e Imelda Marcos; es decir, con la vara de medir a vulgares delincuentes y no a estadistas.

A querer o no, el Presidente que está a punto de asumir el mando en México, debe tener ya en su agenda de política internacional un proyecto de cómo hacer frente al problema del narcotráfico, pues hay muchas fuerzas al norte de nuestra frontera que van a seguir insistiendo en responsabilizar, al menos en parte, a los factores externos de lo que es fundamentalmente un problema interno: la drogadicción. El hecho de que hasta hoy México haya sido un modelo en el cumplimiento de sus obligaciones hacia los grandes bancos internacionales, o que siga al pie de la letra las indicaciones del Fondo Monetario sobre la reforma de su sistema económico no es suficiente para evitar ataques como los de Elaine Shannon y **Time**. A ojos del público al norte del río Bravo, el buen trato que México ha dispensado a los banqueros, no es suficiente para justificar el supuesto buen trato a los narcotraficantes.

Por si lo anterior no fuera suficiente, aparte de que exista o no presión internacional, la seguridad del Estado mexicano requiere que se impida el crecimiento y arraigamiento de un núcleo de poder en torno del narcotráfico, pues el ejemplo de Colombia señala que pasado un punto, los narcotraficantes pueden ejercer una influencia y un control reales sobre legiones o políticas que resulte competitivo e incluso superior al del gobierno.

Finalmente, y esto es quizá lo más importante, la renovación moral, como también la democratización, es una de las grandes promesas incumplidas del gobierno que termina, pero que se hace hoy más urgente de cumplir. La legitimidad y la fuerza del gobierno que entrará en funciones están tan endebladas que no se puede dar el lujo de volver a ignorar la demanda social, pluriclasista y pluripartidista, de un ataque frontal y sistemático a la vieja y profundamente enraizada corrupción gubernamental.